

# La simbolización y sus límites: lecturas desde la Escuela Inglesa\*

## *The symbolization and its limits: readings from the English school*

Por Fabiana Freidin<sup>1</sup>

---

### RESUMEN

La simbolización constituye un tema relevante para el psicoanálisis; su teorización y demarcación precisa tiene necesariamente efectos sobre la práctica clínica.

Basándose en Freud, Klein y Bion ubican diferencias significativas en las distintas estructuras. Esta delimitación se basa en hipótesis sobre la simbolización, que incluyen, además de las defensas, una aguda descripción sobre las relaciones objetales. También lo hace Winnicott, con originalidad, agregando un estudio detallado de los cuadros límite, la tendencia antisocial y el fenómeno psicósomático -todos ellos presentaciones donde la simbolización exhibe falencias significativas.

En las conceptualizaciones kleinianas, el instinto de muerte y el superyó obstaculizan la simbolización. Profundizando esta hipótesis, Bion afirma que la parte psicótica de la personalidad está siempre presente, dando cuenta de que todo no puede simbolizarse, aun en pacientes no psicóticos. Por su parte, Winnicott presenta la angustia inconcebible y el self falso como resultados de una simbolización malograda, a causa de la incidencia de un ambiente “no suficientemente bueno”.

El presente artículo refleja el modo en que la Escuela Inglesa, a través de sus autores paradigmáticos, trabaja la cuestión de la simbolización, enfatiza la importancia de este tópico y analiza el supuesto “optimismo” en torno a ella, así como también sus límites.

**Palabras clave:** Simbolización - Escuela Inglesa - Alcances - Límites

### ABSTRACT

Symbolization constitutes a core issue in psychoanalysis; its theorization and accurate demarcation have necessary effects on clinical practice.

Based on Freud, Klein and Bion locate significant differences in clinical structures.

This delimitation rests on hypotheses about symbolization, involving not only specific defences, but also an acute description about objectal relationships. Winnicott makes his own genuine contribution, adding a detailed study about limit cases, antisocial tendency and psychosomatic phenomenon – all of them are clinical presentations in which symbolization capacity shows significant failures.

It can be argued, that in Klein’s conceptualizations, death instinct and superego hamper symbolization. Deepening on this hypothesis, Bion states that the psychotic part of the personality is always present, revealing that everything cannot be symbolized. On the other hand, Winnicott introduces the unthinkable anxieties and the false self as a result of important failures on symbolization caused by the incidence of a “not good enough” environment.

The present paper reflects the way in which the English School, through its paradigmatic authors, works on symbolization, emphasizes the importance of this topic and analyses not only the supposed “optimism” on the matter, but also its limits.

**Keywords:** Symbolization - English School – Reaches - Limits

---

\*Muchos de estos desarrollos forman parte de una Tesis de Doctorado denominada “Accidentes en Niños”, que estudia la simbolización en niños con accidentes reiterados.

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Doctora y Licenciada en Psicología, Facultad de Psicología (UBA). Universidad de Buenos Aires (UBA) Investigadora formada. Profesora Adjunta interina Cátedra Psicoanálisis Escuela Inglesa II, Facultad de Psicología (UBA). E-Mail [fabianafreidin@hotmail.com](mailto:fabianafreidin@hotmail.com), ó [ffreidin@fibertel.com.ar](mailto:ffreidin@fibertel.com.ar)

## 1.-Introducción

El simbolismo constituyó un tema relevante en la época comprendida entre los siglos XIX y XX. Distintas disciplinas como el arte, la lingüística, la antropología, el psicoanálisis, entre otros, mostraron un particular interés por el estudio del símbolo.

Como ejemplo de ello en el campo artístico, cabe evocar a la poesía simbolista creada por Mallarmé; este movimiento propone que el arte debe apuntar a capturar las verdades más absolutas, que sólo pueden ser obtenidas por métodos indirectos y ambiguos.

En una línea similar e influido por el psicoanálisis surge el surrealismo, creado por el poeta A. Breton. Dicha corriente intenta plasmar por medio de formas abstractas o figurativas –simbólicas– las imágenes de la realidad más profunda del ser humano, el inconsciente y el mundo de los sueños.

Desde la lingüística, los estudios del lenguaje de Saussure, Jakobson y Chomsky; desde la antropología el estudio de la “eficacia simbólica” de Levi-Strauss, resultan aportes importantes a la temática de lo simbólico, pero no serán desarrollados aquí porque exceden los objetivos de este trabajo.

En lo concerniente al psicoanálisis, la temática de la simbolización ha despertado, desde sus comienzos, un profundo interés. Cobra una importancia relevante la profundización de este tema, toda vez que permite precisar particularidades del funcionamiento del aparato psíquico en distintas entidades clínicas, especialmente una discriminación entre neurosis y psicosis.

Entonces, estas cuestiones, aunque del orden de la teoría, tienen importantes consecuencias en la práctica clínica. Los aspectos recolectados por una observación en detalle –aquí se destaca la tradición anglosajona que enfatiza el papel de la observación<sup>1</sup>, permiten inferir distintas modalidades de simbolizar en los pacientes. Su precisión funciona a la manera de una brújula, puesto que las formas diversas que toman los procesos de simbolización, son abarcadas por hipótesis que orientan las intervenciones del analista.

Basándose en Freud, M. Klein y W. Bion, ubican con rigurosidad las diferencias que las distintas estructuras clínicas presentan. Ellas suponen el trazado de hipótesis sobre la simbolización, que incluyen, además de las defensas, una aguda descripción sobre las relaciones objetales. También lo hace Winnicott, con originalidad, agregando un estudio detallado de los cuadros límite, la tendencia antisocial y el fenómeno psicossomático. Cabe aclarar que los británicos consideran a la escisión como un mecanismo que opera en el funcionamiento psíquico temprano, en un sentido distinto al que Freud le otorga en relación con la perversión.

Según el esquema freudiano, en las neurosis la represión separa la representación (agencia representante de la pulsión) del monto de afecto, generándose los síntomas. Cuando opera la represión, la representación se conserva en el inconsciente y el afecto se enlaza a otra representación sustitutiva, que logra hacerse consciente; la investi-

dura de objeto se mantiene con fijeza en el inconsciente. La dimensión simbólica se pesquia en las formaciones del inconsciente (Freud, 1915 a y b).

Por el contrario, en la esquizofrenia se resignan las investiduras de objeto y se reinstala el narcisismo primitivo. Las alteraciones del lenguaje, su desorganización, la referencia a órganos, distinguen a esta psicosis de las neurosis de transferencia; el lenguaje ha devenido “lenguaje de órgano”, por lo tanto, carece de dimensión simbólica. Si bien las palabras han sido condensadas y desplazadas, se ha perdido la relación entre la representación palabra y la representación cosa, de allí el perjuicio ocasionado a la capacidad para simbolizar. La investidura más intensa que registran las palabras en la esquizofrenia se debe a los intentos de curación del enfermo.

Klein, pionera del psicoanálisis de niños, focaliza su conceptualización teórico-clínica en el estudio del psiquismo individual infantil. Desde su óptica, el factor pulsional es preponderante y no tanto el vínculo con el otro. Cuando la autora ubica este último aspecto, lo hace mayormente para señalar que la madre ratifica o rectifica las fantasías del infante y del niño.

Son sus continuadores, particularmente Bion y Winnicott, desde el mismo marco teórico, quienes exploran en profundidad aspectos vinculares y subrayan su importancia. Estos aportes enriquecen la comprensión sobre la simbolización, dan cuenta de su génesis, y permiten observar el modo en que el infante necesita de un otro para lograrla.

Klein no trabaja sobre la representación sino sobre la fantasía (*phantasy*). Ésta es un producto temprano, que se halla en los comienzos de la vida psíquica ligada al cuerpo, mas no todavía al símbolo; lo estará cuando se enlace a lo verbal en la posición depresiva. Esta posición es fundamental para el devenir del desarrollo psicológico de los sujetos, puesto que se atraviesa el primer duelo por la pérdida del pecho, representante de la madre como objeto total. Se trata de una pérdida –estructural–, dado que el infante pierde a su madre, aunque este junto a él en la realidad (Klein, 1940), en tanto la reconoce su alteridad.

Así también lo entiende Bion (1966), quien siguiendo a Freud y articulando con conceptos de Klein, describe la “parte no psicótica de la personalidad” explicando que esta modalidad de funcionamiento mental tolera la ausencia, simboliza, de modo que la frustración da lugar a la emergencia del pensar.

En sentido contrario, la “parte psicótica de la personalidad” presenta una particular alteración que se manifiesta en el pensamiento esquizofrénico: la degradación del símbolo, que llega a cosificarse.

La importancia que este marco conceptual le atribuye al símbolo es digna de subrayarse.

En ese contexto, se pone de relieve la riqueza de la teorización de este reconocido autor postkleiniano. Sus originales formulaciones sobre la génesis del pensamiento, el origen de los símbolos, el papel de los mitos, el valor de los sueños, necesitan ser explicitados, rescatados del olvido –en tiempos de vigencia de otras teorías y enfoques–, por tratarse de enormes contribuciones a la

teoría psicoanalítica.

Volviendo a Klein, se dirá que en su clínica con niños y púberes se ocupa de descifrar el simbolismo, no sólo en los relatos sino, sobre todo, en el juego infantil, aspecto que le ha valido la aceptación e interés de colegas británicos, pero también intensas críticas<sup>2</sup>. Comparte con sus lectores innumerables escenas de juego simbólico de sus pequeños pacientes: Rita, Peter, Trude, Inge, Erna, Jorge, entre otros. Ellos van poblando con sus juegos una escenografía que revela un modo de posicionarse en la clínica con niños, un modo de escucha que distingue a la autora vienesa de otras psicoanalistas de su época. Apuesta, en todos los casos, a interpretar fantasías reprimidas e impulsos, a llegar a las más “profundas capas del inconsciente” (1927), a debilitar el superyó.

También entran en escena las psicosis infantiles, muchas veces enmascaradas por rasgos obsesivos. Aquí interpreta las fantasías, la falta de contacto con la realidad, la rigidez –puesta de manifiesto en roles fijos de perseguidor/perseguido– (Klein, 1929), con el fin de debilitar al superyó, y favorecer la simbolización en niños que presentan una severa patología.

Su encuentro con Dick (1930) es excepcional, dado que el pequeño “no tenía una relación simbólica con las cosas” ni vida de fantasía, por lo que su intervención resulta paradigmática: lleva a que un niño de 5 años, que se hallaba por fuera de la dimensión de lo simbólico, pueda ingresar a ésta.

En lo referente a Winnicott, su teoría sobre el espacio, fenómenos y objetos transicionales (1971), no sólo aporta al estudio del origen de los símbolos y de la creatividad, sino que también deja una marca indeleble en aquellos interesados en el psicoanálisis, particularmente los que llevan adelante curas con pacientes infantiles.

Por todo esto, se considera que los hallazgos freudianos configuran las bases para que numerosos psicoanalistas, dentro del espacio teórico del psicoanálisis británico y otros que no son contenidos por dicho marco, estudien las severas falencias simbólicas que se revelan en otras configuraciones clínicas, tales como el fenómeno psicósomático (Winnicott, 1989a; Marty, 1967; Mc Dougall, 1987, entre otros) y otros cuadros denominados “no neuróticos” (Green, 2012).

En el presente artículo se intenta reflejar el modo en que la Escuela Inglesa trabaja la cuestión de la simbolización, el énfasis que le imprime, su supuesto “optimismo” –dado los alcances que le adjudica–, pero también sus límites.

Este trabajo incluye aportes de los autores ingleses seleccionados. Junto con esto, y de modo espiralado, el artículo volverá sobre sus pasos para incluir interrogantes que permitan examinar las cuestiones que aquí se plantean de una forma que intenta ser más compleja y abarcativa.

## 2.–Abordaje de lo simbólico: la neurosis y el sueño para Freud. Contribuciones de algunos de sus discípulos

La simbolización es trabajada por Freud tempranamente en su obra. En el “Proyecto de psicología” (1895), se refiere al síntoma histérico y al simbolismo hallable en él, relacionándolo con la represión y el proceso primario, tal como sucede con los sueños. Focaliza en “la peculiar figuración indirecta mediante símbolos” (Freud, 1926: 206), estudiando el simbolismo de los síntomas neuróticos, los ceremoniales obsesivos (1916), las acciones sintomáticas (1901,1905), el simbolismo de las fantasías (1909 a) y de los sueños (1900). Respecto de estos últimos, algunos sueños típicos arrojan luz sobre los mitos, el folclore, los cuentos tradicionales, el teatro y de las abstracciones religiosas (Freud, 1913 a y b, 1914a). Estos sueños, aunque típicos, que exhiben situaciones como caerse, flotar, ir desnudo, o ciertos sueños de angustia, a pesar de su recurrencia, requieren distintas interpretaciones para cada soñante ya que deben complementarse con la asociación libre (Freud, 1917a), aspecto que resulta fundamental para su interpretación.

En la conferencia sobre “El simbolismo en el sueño” (Freud, 1916) designa cuatro relaciones entre los elementos oníricos y su traducción: de la parte al todo, de la alusión, de la ilustración en imágenes, agregando una cuarta relación: la simbólica. Afirma que el simbolismo es el aspecto más asombroso de la doctrina del sueño. Dice Freud que el símbolo es una comparación, y que en los sueños los símbolos son en su mayoría sexuales. Afirma además que el simbolismo y la censura onírica trabajan en la desfiguración del sueño.

Los ceremoniales obsesivos (Freud, 1917b) tienen un significado simbólico para aquel que los padece; ilustra con dos casos la presencia de símbolos que aluden a los genitales femeninos, la menstruación, el comercio sexual, entre otros. Al estudiar las transmutaciones del erotismo anal (Freud, 1917c), analiza la relación simbólica que vincula el pene con el hijo, y a ambos con las heces. Estas últimas equivalen a regalo y dinero; estos elementos pueden sustituirse unos a otros, pues son equiparados en el inconsciente.

En el “Análisis de la fobia de un niño de 5 años” (1909b) analiza las fantasías simbólicas del pequeño Hans, referidas al coito, al alumbramiento y la muerte. En el caso Dora (1905) describe el significado simbólico de sus síntomas y acciones sintomáticas.

También Karl Abraham, en sintonía con los intereses de la época sobre el tópico que se desarrolla aquí, entiende a la casa y el jardín como representantes de la mujer y del genital femenino, a la serpiente como símbolo del pene paterno y a la araña como símbolo de la madre (Garma, 1969).

Por su parte, Carl Jung, afirma la existencia de símbolos fijos, heredados, arquetípicos, pero esto no será trabajado aquí por exceder la perspectiva del presente enfoque.

Si bien Freud estudia el simbolismo de los sueños y de los síntomas, no desarrolla el proceso de construcción

de los símbolos, como sí lo hacen Ernest Jones y Sandor Ferenczi, dos de sus destacados discípulos.

En la línea del estudio de la génesis del símbolo, Jones en “Qué es el psicoanálisis” (1916a) afirma que un símbolo significa una idea de la consciencia que representa y comunica el significado de otra idea, reprimida. Los símbolos se relacionan con “ideas del yo, de los parientes consanguíneos, de nacimiento, de amor y de muerte” (45-46), reduciéndose a un centenar las ideas posibles de ser simbolizadas, ya que concentran los más primitivos intereses del hombre, representadas en las capas más profundas de lo psíquico. Estas ideas primarias mantienen en el inconsciente su importancia a lo largo de toda la vida y de ellas deriva la mayor parte de los intereses secundarios de la consciencia.

En su célebre artículo “La teoría del simbolismo” (Jones, 1916b) explica las características del símbolo. Ellas son la sustitución de una idea esencial por otra, la asociación interna o externa, lo sensorial y concreto del símbolo, y su significado constante; destaca el aspecto genético del símbolo y su conexión con lo lingüístico. Afirma que los modos de pensamiento simbólico son los más primitivos, tanto en el aspecto filogenético como en el ontogenético. Enuncia que la persona que lo emplea no es consciente de lo que el símbolo representa. Señala que la interpretación de los símbolos es relevante para el análisis de niños y de los síntomas neuróticos.

Por su parte, Ferenczi, en “Estadios en el desarrollo del sentido de realidad” (1913a), explica como el pequeño, en una fase animista, busca encontrar en cada objeto sus propios órganos y funciones. El niño se interesa por los objetos del mundo y los procesos en tanto representan, por semejanza, su propio cuerpo y diversas experiencias. Así surgen profundas conexiones simbólicas; el niño, en la medida que encuentra en el mundo representaciones de su corporalidad, se representa el mundo externo por medio de su cuerpo. Ejemplifica con un niño próximo a los dos años, que al ver por primera vez el Danubio exclamó: “cuanta saliva!” (Ferenczi, 1913b). Este autor parte de un proceso que llama identificación –una equiparación entre la mitad inferior del cuerpo, afectivamente cargada, con la mitad superior, particularmente el rostro y la cabeza– para explicar el simbolismo. Posteriormente, se equiparan, las partes del cuerpo con los objetos del mundo exterior. La represión, bajo la presión cultural, permitirá el pasaje de la equivalencia simbólica al símbolo verdadero. El pensamiento consciente hace posible el simbolismo verbal, al asociarse a procesos de pensamiento inconsciente y prestar las cualidades perceptivas. Así, el pensamiento consciente, asociado al lenguaje, constituye la más alta realización del aparato psíquico.

### 3.–Las teorías kleiniana y bioniana: ¿un sobredimensionamiento de lo simbólico?

Influida por las ideas los autores arriba mencionados, Klein trabaja desde sus comienzos como analista la cuestión de la simbolización, relacionándola con la sublimación. Aunque aparentemente sigue a Freud, se advierte muy pronto que sus planteos resultan originales y se diferencian cada vez más de aquellos desarrollados por el creador del psicoanálisis.

Un concepto por ella acuñado, la reparación, sustituirá en importancia al de sublimación en su teorización definitiva, al formular la teoría de las posiciones esquizoparanoide y depresiva. Sin embargo, utiliza en forma simultánea ambas nominaciones en sus escritos, aun cuando va introduciendo nuevas ideas que modifican y enriquecen el cuerpo central de su teoría. Es por ello que resulta necesario explayarse sobre dichas conceptualizaciones.

Se considera que un seguimiento cronológico de estas ideas facilitara su comprensión; la misma Klein recomendaba que la lectura de su obra siguiera dicho ordenamiento.

La autora vienesa se ocupa de estudiar la sublimación desde sus primeros trabajos. Se destacan “El desarrollo de un niño” (1921); “Análisis infantil” (1923a) y “El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño” (1923b). En ellos se orienta hacia la temática de las sublimaciones e inhibiciones. Aporta una explicación económica y dinámica de la génesis de las sublimaciones e inhibiciones, e ilustra con numerosos ejemplos las inhibiciones normales y neuróticas, formulando una teoría de la sublimación. Esta será un destino ineludible para el desarrollo, dependiendo de lo que llamará represión “exitosa”, que desanuda las pulsiones de los objetos y fines incestuosos, y las dirige a objetos y fines no incestuosos, sintónicos con el yo. Amplía los alcances de este concepto, dado que la sublimación no se comprende como un “destino de la pulsión” ligado a actividades y fines valorados socialmente (Freud, 1915c), sino que se trata, desde su particular perspectiva, de cualquier actividad yoica realizada con placer. La teoría instintiva<sup>3</sup> que utiliza Klein es, en primer término, la de la dualidad instintos sexuales– instintos del yo; la sublimación se produce por un traspaso de la energía de los instintos libidinosos, coartadas por la represión, a los intereses yoicos.

Las primeras sublimaciones, llamadas “primarias” son el movimiento y el habla, que sirven como base para el logro de una actividad privilegiada: el juego. Éste es considerado como una “sublimación secundaria” y será a su vez, la base de todos los logros posteriores, principalmente cognoscitivos y motrices en los niños. A esta altura de su obra considera que la represión causa la angustia. La “libido superflua” se descarga a través de sublimaciones, aunque ya anticipa con ejemplos clínicos la hipótesis freudiana de la angustia señal, sin explicitar esta aparente contradicción.

Según la autora, las primeras y precoces sublimaciones provienen de la desexualización de fantasías de escena primaria. Al referirse al habla, explica cómo surgen las vocalizaciones del bebé, actividades placenteras no

sexuales que configuran la base del lenguaje.

La observación clínica de las inhibiciones arroja luz sobre el modo en que se crean las sublimaciones: por transferencia libidinal, a través la represión “exitosa”, ya mencionada. Dice Klein que “la base de estas inhibiciones era también un intenso placer primario que había sido reprimido debido a su carácter sexual” (Klein, 1923a, 88), explicando que juegos atléticos como patinar, juegos con pelotas, natación, entre otros, tienen una carga libidinal, y el simbolismo genital representa siempre un papel en ellos. La “catexia simbólico sexual” o “simbólico genital”, muestra la participación de la simbolización en estos logros precoces, así como también su fracaso cuando surgen las inhibiciones. Estas últimas se instalan sobre sublimaciones exitosas y las coartan. Ejemplifica con el caso de una niña que cantaba como primera voz en un coro hasta que presenta una importante tartamudez. Klein entiende que esta inhibición da cuenta de una resexualización de una actividad yoica: “...la maestra se acercó a ella y le miró la boca. En seguida la niña sintió una necesidad irresistible de besarla y abrazarla” (Klein, 1923b, 74).

Explica que las tareas escolares representan el coito o la masturbación, pueden ser sublimadas o inhibidas según el tratamiento que sufran las fantasías edípicas.

Siguiendo a Ferenczi y a Jones, Klein explica esta primera teoría de la simbolización por un proceso de equiparación de las zonas erógenas con otras partes del cuerpo – la ya explicada identificación– y posteriormente la equiparación con objetos y actividades no sexuales. Se pasa así, del autoerotismo al narcisismo y del narcisismo a la relación de objeto. Dentro del esquema freudiano corresponde al pasaje de libido narcisista a libido objetal (Freud, 1914b). Es por ello que la sublimación y la simbolización, en este momento de la teoría kleiniana, favorecen el armado de una relación creciente con la realidad, que se corresponde con el desarrollo del yo.

Es preciso señalar que mientras que para Ferenczi y Jones el mundo externo simboliza al cuerpo (ver el ej. del Danubio y la saliva), para Klein el propio cuerpo y el mundo externo se simbolizan recíprocamente, ya que el niño no solamente se representa al mundo externo al cargarlo libidinalmente, sino que también hace lo propio con su cuerpo, al identificarse con el cuerpo materno. Hay así, como señala Petot (1982), un orden genético de cargas libidinales y un orden simbólico de las representaciones.

Al referirse a otro niño de 5 años relata: “...existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre y por identificación con ella, del suyo propio. Lo representaba a veces como un pueblo, como un país y después como el mundo...”. (Klein, 1923a, 107). Describe ese espacio poblado por habitantes, que poseían artículos, tales como calesitas, vías de ferrocarril, etc. Es decir que el pequeño representa el cuerpo de la madre sirviéndose de representaciones del mundo externo y también su propio cuerpo.

Al citar el caso de un púber, que presenta una inhibición para realizar sus tareas escolares, Klein interpreta

que, para ese joven, éstas son un sustituto de la masturbación, puesto que sentía según sus propios dichos que debía ir “más ligero, más lento y no terminar” (Klein, 1923b, 75). La actividad yoica se ha resexualizado y por ello se encuentra impedida, para evitar el desarrollo de angustia.

Se esboza en esta época un concepto que adquirirá una fundamental relevancia en el *corpus* de la teoría kleiniana: el cuerpo de la madre y su interior. Este parece al principio ligado a fantasías incestuosas de retorno al seno materno, más adelante en torno al impulso epistemo-fílico y el sadismo, y por último se comprenderá en relación con la relación fantaseada con el pecho, modelizada por los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva (Klein 1921, 1926, 1952).

Aunque en esta primera teorización sobre la sublimación Klein dice seguir a Freud, se advierten diferencias en cuanto al alcance de estos conceptos. Klein considera que se subliman no sólo las pulsiones pregenitales sino también las genitales.

El concepto de genitalidad va entonces esbozándose en el sistema protokleiniano, enlazado a la sublimación y la simbolización, aunque aún no explicitado en 1921, pero ya muestra diferencias con el concepto de genitalidad freudiano, en cuanto a su precocidad y simultaneidad con la pregenitalidad. La apoyatura de Klein en las etapas de evolución de la libido irá asimismo desdibujándose. Sin bien hace referencia a la fantasía de escena primaria y a la genitalidad, tomando el primer concepto del análisis del “Hombre de los lobos” (Freud, 1918), la relevancia que éste tendrá para la autora inglesa, así como también la que adquirirá el concepto de fantasía inconsciente, se advierte recién en escritos posteriores.

En “Principios psicológicos del análisis infantil” (1926) postula que el complejo de Edipo comienza mucho antes que lo planteado por Freud; ya que niños muy pequeños manifiestan síntomas inequívocamente neuróticos, con la participación de un superyó temprano, de una marcada crueldad. Sosteniente que prevalece el sadismo pregenital, ocasionando culpa y angustia.

Ahora la relación entre oralidad y el Edipo se estrecha, la fantasía de escena primaria adquiere características sádicas orales y anales, es temprana y angustiante para los pequeños; la presencia de incipientes impulsos genitales no alcanza a contrarrestar el sadismo.

A esta altura de la obra, el juego permite simbolizar fantasías hostiles, constituyendo una sublimación privilegiada. La personificación de imagos crueles alivia la tensión intrapsíquica y es elaborativa (Klein, 1926, 1927, 1929). Esboza la compulsión de repetición como motor del juego, a la vez que encuentra una analogía con el sueño (intervienen los mecanismos de condensación y desplazamiento). El niño expresa situaciones traumáticas en sus juegos. Cabe seguir a Klein (1926, 144) en su trabajo con Ruth, de 4 años y 3 meses quien, siendo bebe, padeció hambre porque su madre no tenía suficiente leche.

...al jugar con el lavatorio, llamo al tapón de agua tapón de leche. Declaró que la leche iba a parar a las bocas (los

agujeros de la cañería) pero que solo corría muy poco. Este deseo oral insatisfecho apareció en innumerables juegos y dramatizaciones...

En el año 1928 teoriza un Complejo de Edipo arcaico. El caso de Rita, de 2 años y 9 meses, quien padecía una neurosis obsesiva grave, (Klein, 1929: 208-209) relata:

Después de un ceremonial típicamente obsesivo, arrojaba su muñeca para dormir y ponía un elefante junto a la cama de la muñeca. El elefante debía impedir que “a niña” se levantara porque si no esta se introduciría a hurtadillas en el dormitorio de los padres para hacerles daño o quitarles algo. El elefante (imago del padre) ejercía el rol de una figura que *impide* (las bastardillas son de la autora).

Las fantasías edípicas y el superyó arcaico materno generan la angustia de desmembramiento en el varón y de vaciamiento en la niña, angustias primitivas que anteceden a la angustia de castración freudiana. Es necesario que la simbolización permita una salida de estas angustias extremas, con el investimiento de objetos y fines sustitutos, cada vez más alejados de los originarios.

Al analizar el Complejo de Edipo arcaico, afirma que existe el conocimiento inconsciente de la diferencia sexual, tesis contraria a la formulación freudiana de la premisa universal del falo y la imposibilidad de representar la diferencia sexual. Una vez más parece que la simbolización es más abarcadora, que la posibilidad de representar, de simbolizar no encuentra topes, ni siquiera los propuestos por Freud.

Su optimismo parece crecer cuando afirma que “... una de las tareas principales del analista de niños es descubrir y curar las psicosis infantiles”, sosteniendo que los rasgos psicóticos en niños son frecuentes y requieren ser detectados tempranamente (Klein, 1930a, 240).

En “Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y el impulso creador” la autora presenta el concepto de reparación. El cuerpo de la madre atacado en la fantasía es recreado y embellecido con la utilización de esta defensa; ella permite salir del circuito pulsional destructivo para producir otro de carácter generativo. Ilustra con el caso de la pintora Ruth Kjar, estableciendo una interesante relación entre la angustia que ella experimentaba frente al espacio vacío en la pared, la imago de su madre- inicialmente deteriorada- y la sublimación por la vía del arte, a través de una secuencia de retratos que Klein analiza, concluyendo que finalmente “el espacio vacío había sido llenado” (Klein, 1929, 223).

En su artículo “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo” (Klein, 1930b), Klein ejemplifica con Dick el modo en que la simbolización es la forma privilegiada de tratar con el sadismo pregenital y al impulso epistemofílico, ambos dirigidos al interior del cuerpo materno. La angustia es el motor de este proceso. Una dosis tolerable de ella pone en marcha la simbolización y la relación con la realidad, un exceso lo impide, tal como le sucede a Dick.

Lo que en Rita se manifestaba en el juego, en Dick

estaba obturado, imposibilitado, ya que no podía desarrollar relaciones objetales, tampoco manifestaba angustia. La defensa que coadyuva a las dificultades del niño, es la “genitalidad precoz”: algo que debiera ser un logro posterior -la reparación, aun no teorizada-, se antepone al despliegue del impulso sádico y lo inhibe. Dick siente pena por el destino del objeto: “Pobre Sra Klein”, “Pobre cortina” (op cit, 1930, 232), esboza en sesión, luego de ensuciar jugando.

Hay un aspecto que resulta importante destacar: si bien Klein ofrece innumerables ejemplos de simbolismo en los niños que juegan, dice en “El psicoanálisis de niños” de 1932, que es imprescindible conectar la representación simbólica presente en juegos y asociaciones con la angustia y la culpa, con el fin de aliviarlas. Solo así la labor psicoanalítica tiene sentido. Es decir que los símbolos en sí mismos no resultan de valor para el análisis en tanto terapéutica, como el mismo Freud había inteligido respecto de los símbolos en los sueños: que poco valen sin las asociaciones del soñante.

En “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos” (1935) y en “El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivo” (1940), la reparación será la defensa exitosa de la posición depresiva, ligada al objeto total, amado y al duelo. Es necesario aclarar que a partir del año 1932 en “El psicoanálisis de niños” la autora había postulado la dualidad instinto de vida- instinto de muerte, como marco de la teoría de las posiciones.

Distintas modalidades de reparación se despliegan en el desarrollo normal: la maníaca -omnipotente-, la obsesiva -infiltrada por la ambivalencia- y la auténtica. Solamente ésta última logra elaborar la pérdida del objeto amado y, a partir de la asunción de la responsabilidad por los daños que se le han infligido en la fantasía, promueve la simbolización. Este mecanismo, que se orienta a la restauración y recreación de los objetos originarios amados permite el despliegue de intereses y actividades, dirigidos a objetos distintos de los originales. La culpa motoriza todo trabajo y constituye un incentivo para la creación y el arte. “El deseo de reparar, tan íntimamente ligado al interés por el ser amado y la ansiedad por su muerte, puede ahora expresarse en formas creadoras y constructivas” (Klein, 1937, 338).

En el contexto del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, la reparación se ubica del lado del primero armando circuitos generativos que contrarrestan la destructividad.

Ubicar a la reparación como la defensa que permitirá la elaboración de la posición depresiva infantil y el duelo por el pecho, como representante de la madre, significa un avance sobre el concepto de sublimación, ya que ubica al duelo y a la posición depresiva como conceptos centrales, desplazando al Complejo de Edipo como complejo nuclear de las neurosis. El pecho es un objeto total: el yo reconoce gradualmente que necesita de ese objeto lo suficientemente bueno, aunque posea aspectos frustrantes. Operan, entonces, mecanismos de integración, lo que implica un progreso en la construcción del mundo interno, un mayor reconocimiento de la realidad (interna y

externa). El objeto es reconstruido por el yo, al experimentarse la responsabilidad por los daños que se le ha infligido, tolerando el dolor y la ambivalencia. Asimismo, al disminuir el uso de los mecanismos de escisión e identificación proyectiva, se incrementa el uso de la introyección y se pone en marcha el mecanismo de reparación.

En “Envidia y gratitud” (1957), expone que la envidia primaria es la expresión clínica del instinto de muerte. Éste no es mudo, y mediante la envidia – de origen constitucional – se expresa de múltiples formas, entre ellas la reacción terapéutica negativa. La gratitud es la emoción que contrarresta a la envidia primaria y permite una ligazón amorosa con el pecho, creando un circuito idealizado, aunque también existiría desde los comienzos un objeto bueno parcial –entero–, no despedazado por el sadismo, precursor del objeto total de la posición depresiva.

Gratitud, generatividad y genitalidad son modos de entender el predominio de *Eros* sobre el instinto de muerte. En la base de las sublimaciones hay reparaciones, que mitigan la envidia y la voracidad, permitiendo la emergencia de la creatividad, el aprendizaje y la capacidad de amar.

Si ya en el “Simposium sobre análisis infantil” (1927) Klein planteaba la necesidad de que el análisis de niños alivie al yo de la presión superyoica, liberando la capacidad de amar, en sus últimos textos, al considerar el papel que juega la envidia primaria, plantea el obstáculo principal con el que debe lidiar todo psicoanálisis: el *quantum* constitucional de instinto de muerte.

Dice Klein que “La necesidad de reparar y ayudar al objeto envidiado son también medios muy importantes de contrarrestar la envidia. En último término esto implica el contrarrestar los impulsos destructivos mediante la movilización de sentimientos de amor” (Kein, 1957, 225).

Bion (1966) profundiza la línea trazada por Klein, adhiriendo a sus formulaciones teóricas sobre la envidia primaria y la teoría de las posiciones. Dado que estudia los orígenes del pensamiento, la simbolización se torna un tema privilegiado.

Un entramado de aspectos constitucionales y vinculares interviene para que el pensamiento se constituya. Formula, al igual que Klein, que la capacidad de formación de símbolos depende de la entrada en la posición depresiva, y la relaciona con el funcionamiento de la “parte no psicótica de la personalidad”, con utilización de la represión y la introyección, ligados al surgimiento del pensamiento verbal.

Aunque avanza en su comprensión de las psicosis, señalando que están afectadas las dimensiones temporales, espaciales y la noción de causalidad, su adhesión acrítica al kleinismo, según D. Rabinovich (1988), resulta un tope a su investigación, dado que su intuición aguda lo habría llevado más allá del espacio kleiniano. Sin embargo, en sentido opuesto escribe Green (Green, 2013, 23), quien dice a propósito de su relación con Bion:

Durante nuestros intercambios orales o escritos, jamás trató de “convertirme” a sus ideas ni a las de Melanie Klein. Ambos estábamos de acuerdo: nuestra deuda más impor-

tante era con Freud. Bion había escrito incluso que a veces se sentía más cerca de los no kleinianos que de sus amigos kleinianos.

Cuando explica las características de la “parte psicótica de la personalidad”, enfatiza el autor inglés, que el paciente psicótico no simboliza, en lugar de ello utiliza ecuaciones simbólicas. Sus célebres “objetos bizarros” se crean a partir de la identificación proyectiva masiva, la fragmentación del yo y del objeto. La angustia que surge a partir de este funcionamiento mental es notoriamente persecutoria. El paciente se siente “ni vivo, ni muerto”, incapaz de soñar y fantasear, puesto que no posee un inconsciente reprimido, y no puede escapar de este mundo de objetos parciales y aterradores, dentro de “cuyo movimiento planetario se halla” (Bion, 1966, 75), por carecer del símbolo y de la fantasía.

En las sesiones con sus pacientes esquizofrénicos, Bion intenta reparar la fallida simbolización, disminuir la vivencia de terror por la acción de la palabra, ensanchar la “parte no psicótica”.

Apuesta a la interpretación, busca ampliar el campo del sentido, en una tarea que a los lectores puede impresionar como titánica, desigual, puesto que lucha contra los efectos devastadores de un “superyó homicida” de todo vínculo (Bion, op. cit). Entonces, la transferencia será fuertemente atacada.

Hay otro “vértice” que Bion trabaja, que complementa y profundiza los planteos antes desarrollados. Esto es, que la función del otro materno adquiere una importancia fundamental para la constitución del pensar y de los pensamientos. Bion, afirma que la función de *reverie* (ensueño) transforma los elementos beta –la sensorialidad ligada a la pulsión de muerte– en elementos alfa, pasibles de ser asimilados, que forman la base de los pensamientos oníricos, posibilitan distinguir lo consciente de lo inconsciente, el estar despierto del estar dormido. Esta transformación que realiza el *reverie* materno, a la manera de una “digestión psíquica”, desintoxica de sadismo los elementos beta proyectados por el bebé mediante lo que el autor llama una identificación proyectiva normal, y los devuelve como elementos alfa, tolerables y pasibles de ser asimilados y articulados. De este modo la madre decodifica significados, transformando la sensorialidad pura, –inasimilable– en experiencias emocionales, que son la base del pensamiento y del aprendizaje por la experiencia. Se trata de una decodificación, puesto que esos elementos en bruto tienen significado, aunque son incognoscibles para el *infans*.

Entonces, Bion afirma que hay pensamientos (incognoscibles) antes de que haya un aparato para pensarlos. El modelo continente – contenido le permite explicar una relación dinámica entre la madre y su pequeño hijo, de cuya interacción se genera una transformación y un crecimiento mental para ambos participantes, en el marco de una relación “comensal” (1962, 148). La madre le presta a su hijo su propio aparato para pensar pensamientos, y esta función continente es internalizada por el bebé, quien tendrá entonces un aparato para pensar sus propios

pensamientos. Puede realizar esta función porque “ama al padre y al niño”, desde allí realiza la función de *reverie*, indispensable para el crecimiento mental. Explica Bion que “se impartirá a los canales de comunicación –los vínculos del niño– la cualidad psíquica” (74), impactando ella sobre las cualidades psíquicas del lactante.

En la base de la simbolización están los elementos alfa, materiales que permiten la constitución de los sueños, las fantasías inconscientes y el pensamiento inconsciente de vigilia. Ellos “pueden ordenarse en una narración, pueden ser ordenados lógicamente, geoméricamente” (Bion, 1962, 47-48). La emoción es el material de donde surgen los pensamientos y las más altas capacidades simbólicas (pensamiento deductivo científico, cálculo algebraico), gracias a la operación de la función alfa. La tolerancia a la frustración es un factor necesario para que de la unión de la preconcepción (expectativa de pecho) y la realización negativa (ausencia del pecho) surjan los pensamientos.

Para Bion la tolerancia a la duda, al no saber, es imprescindible para que el desarrollo del pensar llegue a establecerse. Sugiere que el analista tolere no saber, que no recuerde las teorías en las que sostiene su práctica, que no desee curar sino escuchar, para poder desarrollar la intuición y de este modo captar lo nuevo de cada encuentro con cada paciente.

#### 4.–Los límites a la simbolización para Klein y Bion

El presente apartado ahonda lo desarrollado en el punto 3, esto es, que la simbolización se hallaría sobredimensionada en el *corpus* teórico kleiniano. Se focaliza en el supuesto “optimismo” que podría inferirse, a partir de la lectura de los escritos de la autora vienesa. Podría concluirse, en una rápida lectura y llevando este razonamiento a sus consecuencias últimas, que todo producto psíquico sería pasible de ser interpretado, a los fines de incluirlo en el campo de la consciencia para ser representado, agotando así lo inconsciente.

En este punto, cabe también, con el fin de ahondar esta línea de análisis, volver a analizar algunas formulaciones de Bion que se consideran de interés. Entonces, aunque este artículo vuelve sobre sus pasos, lo hace intencionalmente para profundizar sobre el tópico mencionado.

Klein, sin formación médica, interesada por la lectura de los textos freudianos, llega al psicoanálisis indirectamente, ya que al comienzo se ve orientada por intereses pedagógicos. En ese entonces está influida por Ferenczi, su primer analista, quien considera a la pedagogía como un (...) “auténtico caldo de cultivo de las neurosis más diversas”, dado que conduce al rechazo de ideas y emociones, llevando al niño a rechazar (...) “lo que sabe y piensa” y a aceptar dogmas (Ferenczi, 1908, 53-54).

Comienza trabajando con su hijo Erich, de 5 años a quien llama Fritz, supuestamente se trata del hijo de vecinos.

Aplica con el pequeño un método de “esclarecimiento sexual”, basado en contestar cada pregunta que realiza, sin agregar información. Numerosos interrogantes sobre

el nacimiento, sobre la existencia de Dios, sobre el embarazo, el funcionamiento del cuerpo, sobre la naturaleza, entre otras, son efectuadas por el niño, abonando su idea acerca del beneficio de aplicar este esclarecimiento, ya que avanza rápidamente en el despliegue de preguntas que señalan nuevos intereses.

El enfoque de Klein en esta época es preventivo: trata de evitar la inhibición intelectual en su pequeño, que considera causada por la represión. Este mecanismo de defensa es entendido como externo, producto de una educación basada en dogmas que refuerzan la tendencia universal de los niños a utilizar la omnipotencia del pensamiento, en detrimento del conocimiento de la realidad. Para contrarrestarla, propone informar al niño sobre la sexualidad, tanto como lo exija su “deseo de saber”, de este modo se evitará a represión de deseos y pensamientos, sentándose las bases de la salud y sobre todo beneficiando el desarrollo de la capacidad intelectual (Klein, 1921).

Aun así, la mayor dificultad que presenta Fritz es la aceptación de la realidad, se aferra a la búsqueda del cumplimiento de deseos, aunque comienza poco a poco a lograrla. A Klein, le interesa particularmente que pueda instalarse el principio de realidad, al que considera esencial para el desarrollo del conocimiento.

Pocos meses después de iniciado este proceso, el niño muestra un notorio estancamiento: las preguntas se vuelven estereotipadas, exhibe desinterés por recibir respuestas, se vuelve taciturno, deja de jugar, no quiere escuchar cuentos, entre otras manifestaciones que darían cuenta de un detenimiento.

Las dificultades que presenta Fritz llevan a Klein a aceptar una crítica de Anton Von Freund, recibida en ocasión de presentar una conferencia en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, sobre su trabajo de esclarecimiento sexual. Esta consiste en que Klein no escucha las preguntas inconscientes del niño, de allí la dificultad que se presenta en el abordaje de este niño. Aunque Klein al comienzo rechaza este aporte, debe finalmente aceptarlo. Esta aceptación genera un cambio importante en el pequeño: expresa verbalmente fantasías, que relata con placer y comienza a jugar; fantasías que son inequívocamente edípicas.

El papel desempeñado por la angustia de castración en las inhibiciones se hace reconocible. La represión no depende ya de la educación y el velo impuesto a la sexualidad, característico de esa época. Se trata de una defensa contra el deseo, tal como lo formulara Freud.

Las teorías sexuales infantiles, en tanto priman, impiden asimilar ciertas explicaciones y esclarecimientos sexuales, esto no se revierte por ningún recurso educacional.

Asimismo, la aceptación de la observación de Von Freund genera un viraje en la autora: escucha al niño, lo deja jugar; “liberar las fantasías” es a partir de ahora el objetivo primordial. Este verdadero descubrimiento, sentará las bases para que afirme poco tiempo después la importancia del juego en los niños y lleve adelante la creación de una técnica en torno a él.

A partir de lo que la misma Klein aprende con Fritz,



pasa a ilustrar en numerosos textos el modo en que los niños expresan en sus juegos, “fantasías, deseos y experiencias” (Kein, 1926, 143) y lo hacen simbólicamente a través de juguetes y materiales diversos, por la vía del mecanismo de personificación. La simbolización se despliega en los diferentes juegos de los niños en análisis. Las imagos representadas en ellos ilustran sobre la naturaleza del superyó. Este es cruel, su severidad es asombrosa y “...se encuentra en la más tajante contradicción con los objetos de amor reales, los padres.” (Klein, 1927, 163).

Las imagos internalizadas en los primeros períodos de la vida, amenazan a los sujetos infantiles con un castigo igual a lo que éste ha deseado hacer, bajo la primacía de impulsos orales y anales sádicos. Por consiguiente serán devorados, castrados, cortados en pedazos, entre otras acciones aterradoras. La ley del Talió se expresa con toda su fuerza y es la lógica responsable de este tipo de fantasías arcaicas.

Klein afirmará una hipótesis de la que está profundamente convencida: el psicoanálisis debe disminuir la crueldad del superyó y liberar la capacidad de amar. Sólo lo hará por la interpretación de la transferencia, positiva y negativa, sello característico de su técnica. De este modo arriba a los estratos más profundos del superyó, aliviando la angustia y posibilitando el despliegue de la fantasía. Klein dirá: “El niño nos trae muchas fantasías si en esta senda lo seguimos con la convicción de que todo lo que nos relata es simbólico” (Klein, 1927, 155).

El superyó evoluciona en forma paralela a la libido y, conforme con ello, las imagos se hacen menos crueles, más cercanas a la realidad. El incremento de la genitalidad sobre las fantasías e impulsos pregenitales lleva a que pueda darse este progreso (Klein, 1927, 1928). Sin embargo, afirma: “...Estoy llevada a creer por el análisis de niños que el superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo, y que no es esencialmente diferente del de los adultos” (Klein, 1927, 164).

La inalterabilidad de éste núcleo resulta un aspecto importante a considerar. Podría preguntarse:

¿Qué es aquello inmodificable? ¿Por qué no puede reducirse por completo la crueldad de este superyó? ¿Acaso la simbolización no remedia, según el mismo planteo kleiniano, la angustia frente al propio sadismo, al crear fantasía, juego y dar sentido a la realidad? ¿Hay entonces un límite a la simbolización en las ideas de Klein, aunque implícito?

Efectivamente, ese límite es impuesto por el superyó. Si éste mantiene su nivel primitivo de funcionamiento y no pueda evolucionar hacia la genitalidad, la angustia excesiva dificultará la simbolización.

Se analizara, aquí con mayor detalle el análisis de Dick, que ya fuera brevemente referido más arriba, dado que ilustra con claridad los tópicos planteados.

Demás, este caso demuestra el interés central que Klein le otorga a la simbolización, y la manera en que logra sortear el obstáculo con el que se encuentra, analizando un niño incapaz de simbolizar, para el que la realidad no tiene sentido y la relación de objeto está ausente<sup>4</sup>.

En este caso Klein altera su técnica y “le presta” al niño sus símbolos, no símbolos cualesquiera, sino edificios: “tren papá”, “tren Dick”, sabiendo de que hubo en él un primitivo interés por estos objetos. El niño responde secuencialmente: “estación”, “mamita”, “oscuro”, mientras hace rodar el “tren Dick” a la “estación”. Esto habilita a la analista a formular la primera interpretación: “la estación es mamita”, “Dick está entrando en mamita oscura”, apelando a lo simbólico de la escena planteada.

Aquí la hipótesis es que aún en este niño, que presenta una simbolización detenida, ésta se pone en marcha, al implantar Klein las coordenadas del Complejo de Edipo. Al decir de F. Galimberti (2000, 148) respecto del papel otorgado al mito en Bion, aplicable aquí a la operación llevada cabo por Klein, “El mito de Edipo es, pues, también, una función cognitiva de la personalidad es el instrumento para el descubrimiento de los hechos”. Más adelante agrega: “es una preconcepción de la que depende la posibilidad para el niño, de dar sentido a la relación entre sus padres”. Mito universal que adquiere una forma en el mito privado de cada quien, en este caso de Dick.

Entonces, la simbolización, motorizada por la angustia, comienza su labor de creación de la realidad.

Mientras la angustia no podía ser regulada por la simbolización, se ponía de relieve su poder devastador sobre el funcionamiento psíquico. Un *quantum* excesivo de angustia, un yo que no podía tolerarla y una defensa prematura contra el sadismo impedían a Dick simbolizar. El superyó había detenido el proceso de simbolización, tal como describe la autora: “Por lo tanto, lo que había producido la detención de la actividad de formación de símbolos era el temor al castigo que recibiría (en especial por parte del pene del padre) cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre” (Klein, 1930a, 229).

Klein considera que Dick presenta un grado anormal de sadismo oral, constitucional, que la relación temprana con su madre había sido malograda por ese aspecto y por la angustia que en ella despertaban las dificultades de su hijo. Entonces, una conjunción de aspectos heredados desventajosos y vinculares fallidos, da lugar a un tratamiento del sadismo también fallido, que vuelve al niño, por la vía del superyó aterrador. Así, la realidad no puede ser cargada libidinalmente, la relación objetual y la vida de fantasía se paralizan.

En un texto de la misma época, “Tendencias criminales en niños normales”, afirma que la criminalidad arroja luz sobre la naturaleza aterrador del superyó arcaico. Explica el “círculo vicioso” que se encuentra en la base de las tendencias asociales y criminales: la ansiedad que experimentan algunos sujetos frente a las imagos crueles aumenta su sadismo, éste los lleva a impulsar ataques destructivos; estos ataques aumentan la ansiedad y la culpa, llevándolos a la búsqueda de castigo. Aquí el superyó presenta una “excesiva severidad y aplastante crueldad” (Klein, 1933, 256). La simbolización no alcanza tampoco aquí a neutralizar el sadismo.

Cabe aclarar que la autora conceptualiza al instinto de muerte como responsable del sadismo del ello y del superyó; su postura acerca el alcance de la destructividad

en el psiquismo se radicaliza. Sólo cuando los impulsos genitales predominan el superyó “se suaviza”, se torna conciencia moral y el niño puede ahora responder a las exigencias de la sociabilidad.

Los núcleos de superyó –el pecho y el pene primitivos– representan aspectos persecutorios e idealizados fruto de primerísimas introyecciones. Reconoce un “aspecto benigno del superyó temprano” (Klein, 1952, 76), representando interior al instinto de vida.

Sin embargo, el “núcleo inmodificable” del superyó reaparece bajo la forma de la envidia primaria. En “Envidia y gratitud” de 1957, el monto constitucional de envidia se opone a la integración y hace tope al análisis.

Como ya se desarrolló previamente, Bion, introduce el concepto de “parte psicótica de la personalidad”, que predomina en sujetos diagnosticados con esquizofrenia. El superyó encarna la destructividad que prevalece en el funcionamiento psíquico de estos sujetos, atacando a todo aquello que tenga una función vinculante: el lenguaje, los sentidos, el pensamiento, la transferencia, a causa de una envidia excesiva. La represión es sustituida por la identificación proyectiva, generándose una desorganización del psiquismo. También en sujetos neuróticos, donde la identificación proyectiva no es tan devastadora, la “parte psicótica de la personalidad” es detectable por signos tales como “certeza, la arrogancia y la estupidez”, también causadas por la envidia (Bion, 1966). Estas características halladas en los neuróticos le permiten corroborar que ningún sujeto estaría exento de alguna dificultad simbólica y que hay límites a la simbolización.

Nuevamente el instinto de muerte y el superyó se destacan como responsables de los topes a la simbolización: desde Klein la reparación nunca es completa, la destructividad no puede ser totalmente neutralizada, la envidia pulsa con su poder mortífero, desandando los circuitos que va creando el instinto de vida.

Desde Bion, no hay sujeto alguno que no contenga una “parte psicótica” en su funcionamiento mental, es decir, aspectos no simbolizables, destructivos, aunque no se hagan explícitos ni se presenten en forma directa.

Este aspecto acerca las perspectivas de Klein y de Bion a la de Freud, a partir de su planteo de la pulsión de muerte, extremando los alcances de esta hipótesis, que los interpela y los conduce a desarrollar gran parte de sus indagaciones psicoanalíticas.

### 5.–Winnicott: transicionalidad y símbolo

Donald Winnicott (1963) aporta otra perspectiva que lo aleja de Klein y de Bion. La principal discrepancia a subrayar, es que no adhiere a la hipótesis básica por ellos planteada, esto es, que las bases de la destructividad provengan tempranamente del instinto de muerte. En lugar de ello, el autor jerarquiza el papel del ambiente y las funciones parentales –especialmente la materna– en el desarrollo emocional de los infantes.

A propósito de la relevancia del otro materno, Abram (2018) juega con los términos *m/other*, dado que operan

como sinónimos, en los comienzos de la vida.

Desde la óptica de este prestigioso pediatra y psicoanalista, no puede pensarse a la simbolización sin vincularla con el desarrollo de procesos de maduración, posibilitados por el “ambiente facilitador”. En este sentido destaca la función de la madre sosteniendo la experiencia total del bebé, las necesidades yoicas del *infans*, con énfasis en el logro de la integración. Esto hace posible el desarrollo de procesos simbólicos.

Al presentar “la teoría de la relación entre progenitores–infante”, explica que, en la fase de dependencia absoluta, las funciones de sostén (*holding*), de manejo (*handling*) y presentación del objeto que lleva a cabo la madre permiten que se inicien los orígenes de la inteligencia, que la mente se distinga de la psique –surgiendo el proceso secundario–, el funcionamiento simbólico y, sobre todo, que se logre la organización de un “contenido psíquico personal que da base al soñar y a las relaciones de vida” (Winnicott, 1960, 58). Aquí cobran relevancia sus planteos sobre el verdadero y el falso *self*.

La función de sostén materno permite, si todo marcha bien, el logro de una “continuidad de existir”, que posteriormente permite arribar a una diferenciación yo– no yo, al concluir la fase de dependencia absoluta. La manipulación se corresponde con el establecimiento de una asociación psicósomática, la residencia en el cuerpo, la “personalización” –otro logro del desarrollo–. Este se completará con el establecimiento de las relaciones objetales, cuando el infante deja de estar fusionado con la madre, ella deja de ser un objeto subjetivo para ser un objeto percibido objetivamente (ilusión/desilusión), generándose una relación creativa con los objetos del mundo externo, sin pasividad ni sumisión (Winnicott, op. cit).

Otro aspecto estudiado por el autor, de innegable valor, es el papel que juega el rostro de la madre como espejo para su hijo. Cuando el bebé mira el rostro de su madre se ve a sí mismo como persona, siempre y cuando la conexión emocional de ésta le refleje lo que ella “ve en él” (Winnicott, 1971, 148), iniciándose un intercambio significativo con el mundo circundante. Distingue la percepción, de la apercepción creadora. El ser visto se vincula para el bebé con “existir”, “sentirse real”, una “persona”, algo que sólo logra si la madre puede entablar un lazo empático con él. Si ella, contrariamente, solo refleja su propio estado de ánimo o la rigidez de sus defensas, la función de espejo será fallida, con consecuencias negativas para el desarrollo emocional del niño, especialmente porque ocasionará un perjuicio a su capacidad para la creación.

Debe subrayarse una idea cuya originalidad sigue siendo apreciada en el campo del psicoanálisis: la relación con el mundo externo necesita de un puente, de una zona intermedia, puesto que en los comienzos el objeto es puramente subjetivo, en un mundo inicial donde reina la ilusión y la experiencia de omnipotencia. En ese marco, el bebé da los primeros signos de la aceptación de los símbolos al utilizar los objetos transicionales: “el uso de un objeto simboliza la unión de dos cosas ahora separadas, bebé y madre, en el punto del tiempo y el espacio de

la iniciación de su estado de separación". En el espacio transicional ubica a la experiencia cultural, ligada a la existencia de símbolos (Winnicott, 1989b, 130-131). Entonces, el juego es la forma saludable y creativa de tratar con la realidad interna y externa.

Dice el autor que "El juego cumple una función vital, especialmente para el manejo de la agresión y la destructividad, cuando el niño tiene la capacidad de disfrutar la manipulación de símbolos" (Winnicott, 1989b, 81).

Es preciso subrayar la idea de que lo simbólico es creación, es juego. El niño juega en presencia de la madre, para poder más adelante jugar solo y acceder a poder "jugar juntos en una relación" (Winnicott, 1971). Entonces, surge un nuevo modo de pensar la psicoterapia: en la zona transicional. El niño juega con juguetes y el adulto con palabras, siempre que se halla establecido un desarrollo emocional satisfactorio.

En los casos de pacientes severamente perturbados (casos límite o psicosis), la dimensión simbólica no alcanza a manifestarse. La regresión a las primeras fases de la dependencia que el análisis habilita, exhibe sujetos adultos que no han vivido una experiencia vital como propia, o bien temen un derrumbe que ya aconteció, o experimentan una vivencia de futilidad. En otros casos (o los mismos), los sujetos han escindido un funcionamiento intelectual, que toma la delantera sobre el cuerpo y las emociones, quedando estos escasamente registrados.

En los casos infantiles, describe niños hiperactivos, que compensan la depresión materna, angustiados, psicósomáticos, en definitiva, pequeños sujetos exiliados de la dimensión del juego, lugar deseable de ser habitado por todo niño.

## 6.-Alcances de lo simbólico para los autores de la Escuela Inglesa, algunas controversias

Gregorio Klimovsky, en su libro "Epistemología y Psicoanálisis" (2004, 33), refiere que las teorías operan como "lentes de aumento" que permiten visualizar algunos fenómenos, de modo que el científico "ve" a través de las teorías.

Interesa considerar, entonces, lo que los autores comprendidos en el espacio teórico de la Escuela Inglesa ven, cuando trabajan en profundidad la dimensión simbólica de los relatos de pacientes adultos y de los juegos de pacientes infantiles.

En primer lugar, vale preguntarse qué es aquello que observa Klein, para considerar, en su diferencia, lo propio respecto de Winnicott y de Bion.

Se dirá que Klein ve, en principio, el funcionamiento del aparato psíquico, la operación de la represión, en los juegos infantiles bajo transferencia. Otras defensas, tales como la negación se revelan, así como también lo que en términos freudianos será el "repudio de la realidad" y en términos kleinianos se denominará "negación de la realidad psíquica", en psicóticos. Le interesa el grado en que un niño acepta o repudia el mundo externo, para trabajar en sentido contrario al que lo hace el superyó -excesiva-

mente severo en la niñez y particularmente devastador en las psicosis-.

La lente de aumento kleiniana permite, valiéndose de los conceptos de imago, angustia y conflicto edípico, pesquisar la realidad psíquica infantil de modo minucioso, advertir la complejidad de los conflictos entre el yo, el superyó y el ello, y como ya se dijo, la relación con la realidad que les impone a los niños frustración y les exige adaptación.

Entonces, el juego en el contexto analítico, es una *vía regia* para acceder a las fantasías y por medio de la interpretación de la transferencia, morigerar la angustia y abrir camino a las sublimaciones. Esta actividad privilegiada, posee una dimensión simbólica que se infiere a partir de variados elementos: observando qué objetos fueron utilizados y de qué modo, qué tramas discursivas se organizaron, las secuencias, interrupciones, asociaciones, entre otros. Klein advierte representaciones simbólicas de la escena primaria, de la angustia, deseos agresivos y libidinales, sobre todo la presencia de culpa temprana.

En el adulto, y adentrada en su desarrollo teórico y en su práctica, la interpretación de la comunicación verbal y de los sueños, le permite interpretar ansiedades, defensas, relaciones objetales, la envidia y los aspectos más destructivos del psiquismo.

Puede advertirse si se presenta una narrativa esquizo-paranoide o depresiva (Hinshelwood, 2018).

Bion focaliza en la simbolización lograda o fallida. Los casos de psicosis por él analizados lo llevan a reconstruir un vínculo materno caracterizado por un alojamiento fallido de la destructividad innata, una metabolización de que no sucedió y un desastre, que aunque primitivo, sigue produciéndose.

Sus objetos bizarros muestran el total fracaso de la actividad de simbolizar, pero la sutileza de su apreciación sobre la arrogancia, la estupidez, la omnisciencia detectable en el discurso de pacientes que no aparentan ser psicóticos, pero en los que ha acaecido un "desastre psíquico", da cuenta de que la simbolización lograda o fallida es el foco de una aguda observación y orienta su clínica. En la cura de pacientes psicóticos el analista lleva adelante la función alfa, otorgadora de sentidos, a un psiquismo que no dispone de la represión, y por lo que la interpretación del deseo reprimido no tiene lugar. Se propone el desafío de proporcionar la experiencia de alojamiento en la transferencia de lo imposible de ser pensado.

Ambos autores apuestan a lo simbólico, el único medio que contrarresta lo mortífero. Esta labor interpretativa no implica un "optimismo", puesto que aparecen dos límites explicitados por ambos: lo constitucional o innato -el ello, la envidia- y el superyó, creado en íntima relación con esta última.

En lo concerniente a Winnicott, y sobre todo con niños, el autor subraya el papel de la "creatividad primaria" y del "gesto espontáneo", bases de lo simbólico y del *self* verdadero. Entonces, la práctica clínica cambia: para Winnicott ya no interesa tanto la interpretación simbólica del juego, sino el jugar mismo en su aspecto creador, este

es el aspecto que destaca: un niño “que hace” jugando.

También en adultos, la inautenticidad del relato, el testimonio de experiencias “no vividas” – el falso *self*, le permiten inferir dificultades severas en la simbolización, que aborda, al igual que Klein y Bion, por la vía de la interpretación de la transferencia. Además de lo referido, cabe agregar que lo simbólico se infiere no solamente de dichos, también del uso que el analizante hace del análisis, otro aspecto de su hacer, que implica que este último ha dejado de ser un objeto subjetivo para el paciente.

Lo mortífero aparece con la angustia inconcebible, resultado de importantes y repetidas fallas del otro materno. Nada tiene que hacer aquí la herencia ni la cuestión pulsional. Caer interminablemente, no tener relación con el espacio, con el tiempo, con el cuerpo, –todas manifestaciones de las psicosis–, muestran a los sujetos por fuera de toda simbolización. Cabe al analista sostener una experiencia que no pudo vivirse ni podrá recordarse. Sostener, integrar, reconstruir una subjetividad no advenida.

Se propone, para finalizar, triangular estas lecturas de los autores ingleses con otra, también minuciosa y personal, desde un marco teórico diverso.

Dice Eric Laurent (1989, 111-112):

Para Melanie Klein, la envidia es una palabra clave. Es la última, es un límite, un imposible ligado a la constitución del sujeto, de lo innato. Para ella, así como es posible obtener un cambio en el análisis y una atenuación de la agresividad o de los celos, así igualmente la relación con la envidia queda fuera de alcance. Los pacientes de los que nos ha hablado “no son por ello psicóticos [...], no se trata de angustias psicotizantes sino de un factor sobre el cual el análisis no ejerce ninguna influencia” (las comillas son del autor). Este punto de imposibilidad al que llega Melanie Klein en el análisis, me parece exactamente del mismo orden del que alcanza Winnicott con el *falso self*.

Para concluir, se señala que la complejidad del tema de la simbolización desde la perspectiva de los autores de la Escuela Inglesa no puede ser circunscripta aquí más que en un primer movimiento de apertura a la indagación. Otros psicoanalistas han hecho aportes no menos importantes, que por razones de extensión no pueden incluirse en esta presentación. Solo resta subrayar que el estudio de lo simbólico sigue siendo un tema de relevancia, a la vez que enfatizar el punto del que se partió: que la constitución de lo psíquico se revela en la simbolización, dado que de psicoanálisis se trata.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abram, J., Hinshelwood, D. (2018). *The clinical paradigms of Melanie Klein and Donald Winnicott. Comparison and dialogues*. London: Routledge.
- Bion, W. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Bion, W. (1966). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Hormé, 2006.
- Ferenczi, S. (1908). “Psicoanálisis y pedagogía”. En *Obras Completas*, Madrid: Espasa Calpe, Tomo II.
- Ferenczi, S. (1913 a). “Estadios en el desarrollo del sentido de realidad”. En *Revista de Psicoanálisis APA*, Buenos Aires. 1948, 5 (3), 807-823.
- Ferenczi, S. (1913b). “La ontogénesis de los símbolos”. En *Obras completas*. Madrid: Espasa Calpe, T II.
- Freud, S. (1950/1895). “Proyecto de Psicología. Parte II, Psicopatología- La génesis de la compulsión histérica”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, I, 1976, 394-407.
- Freud, S. (1901). “El trastocar las cosas confundido. Psicopatología de la vida cotidiana”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, VI, 1976, 160-187.
- Freud, S. (1905). “Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, VII, 1975, 1-108.
- Freud, S. (1909a). “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, XI, 1976, 7-52.
- Freud, S. (1909b). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, X, 1976, 1-118.
- Freud, S. (1913 a). “El motivo de la elección del cofre”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, XII, 1975, 303-318.
- Freud, S. (1913 b). “Materiales del cuento tradicional en los sueños”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, XII, 1976, 293-302.
- Freud, S. (1914). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: 1976, XIV, 18-35.
- Freud, S. (1914). “Introducción del narcisismo”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: 1976, XIV, 65-98.
- Freud, S. (1915a). “La represión”. En *Obras Completa*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976, XIV, 135- 152.
- Freud, S. (1915b). “Lo inconsciente”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, XIV, 1976, 153-214.
- Freud, S. (1915c). “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, XIV, 1976, 105-134.
- Freud, S. (1916). “Una relación entre un símbolo y un síntoma”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu XIV, 1976, 346-347.
- Freud, S. (1917a) “Conferencias de Introducción al psicoanálisis. Parte II. El sueño. Conferencia 10, El sentido del sueño”, En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, 137-154.
- Freud, S. (1917b). “Conferencias de Introducción al psicoanálisis- Parte III- 17 conferencia. El sentido de los síntomas”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, XVI, 235- 249.
- Freud, S. (1917c). “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976, XVII, 113- 124.
- Freud, S. (1918). “De la historia de una neurosis infantil”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976, XVII, 1- 112.
- Freud, S. (1923). “El yo y el ello”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu 1976, XIX, 1-66.
- Freud, S. (1924). “El problema económico del masoquismo”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, XIX, 1976, 161-176
- Freud, S. (1926) “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, XX, 1976, 165-234.
- Freud, S. (1930). “El malestar en la cultura”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, XXI, 1976, 57-140.
- Freud, S.; Oppenheim, D. (1911/1958) “Sueños en el folklore”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, XII, 1975, 183-204.

- Galimberti, F. (2000). *Wilfred R. Bion*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.
- Green, A. (2012). *La clínica psicoanalítica contemporánea*. Buenos Aires: Amorrortu, 2017
- Green, A. (2013). *Pensar el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 2017.
- Jones, E. (1916a). Qué es el Psicoanálisis. Buenos Aires: Hormé, 1969, 45-46.
- Jones, E. (1916 b). "La teoría del simbolismo". En *Cuadernos monográficos*. Buenos Aires: Letra Viva, 1980.
- Klein, M. (1921). "El desarrollo de un niño". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 15-65.
- Klein, M. (1923a). "Análisis infantil". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 88-115.
- Klein, M. (1923b) "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño". *Obras Completas*, Vol. I, Buenos Aires: Paidós. 71-87
- Klein, M. (1926). "Principios psicológicos del análisis infantil". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 137-147
- Klein, M. (1927). "Simposium sobre análisis infantil". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 148-177.
- Klein, M. (1929). "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, I, 216-22.
- Klein, M. (1930a). "La psicoterapia de la psicosis". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 238-240.
- Klein, M. (1930b). "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 224-237.
- Klein, M. (1932) "El psicoanálisis de niños". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós 1990, II, 110-125.
- Klein, M. (1933). "El desarrollo temprano de la conciencia en el niño". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 253-262.
- Klein, M. (1935). "Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco depresivos". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1990, I, pp.367-395.
- Klein, M. (1937). "Amor, culpa y reparación". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós. 1990, I, 310-345.
- Klein, M. (1940). "El duelo y su relación con los estados maniaco depresivos". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990, I, 346-371.
- Klein, M. (1952a). La técnica psicoanalítica de juego, su historia y su significado. *Obras Completas*, Vol. III, (pp.129-146), 1990. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1952b). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebe. *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990, III, 70-101.
- Klein, M. (1957). "Envidia y gratitud". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Paidós, 1990. III.
- Klimovsky, G. (2004). *Epistemología y Psicoanálisis. Problemas de Epistemología*. Buenos Aires: Biebel, 1.
- Laurent, E. (1989). "El objeto de la envidia y el lapsus del acto". En *Estabilizaciones en las psicosis*. Buenos Aires: Manantial. 107-112.
- Marty, P., M'Uzan, M., David, C. (1967). *La investigación psicodinámica*. Barcelona, Editorial Luis Miracle.
- Mc Dougall, J. (1987). *Teatros de la mente*. Madrid, Tecnipublicaciones.
- Petot, J.M. (1982). *Melanie Klein. Primeros descubrimientos y primer sistema (1919-1932)*. Buenos Aires: Paidós, 18-27.
- Rabinovich, D. (1988). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*. Buenos Aires: Manantial.
- Winnicott, D. (1960). "La teoría de la relación entre progenitores - infantes". En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, 2009. Buenos Aires: Paidós. 47-72
- Winnicott, D. (1963). "Un modo personal de ver el aporte kleiniano". En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós, 223-233
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa, 1985.
- Winnicott, D. (1988). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Winnicott, D. (1989a). "El trastorno psicossomático". En *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires: Paidós., 130-147.
- Winnicott, D. (1989b). "Notas sobre el juego". En *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires: Paidós. 79-83.

#### NOTAS

<sup>1</sup>Bion destaca no solamente la observación sino también la intuición del analista.

<sup>2</sup>Véase la polémica entre Anna Freud y Melanie Klein en el "Simposium sobre análisis infantil" de 1927.

<sup>3</sup>Klein y los autores poskleinianos hablan de instintos y no de pulsiones.

<sup>4</sup>Aspecto trabajado en Freidín, F (2016) "Acerca de la transmisión en psicoanálisis: lo que los niños le enseñaron a Klein". Revista Borromeo N°7, pp 139- 160, septiembre 2016. Universidad Kennedy, Buenos Aires, Argentina. ISSN 1853-5704.